

5836/80000 CES-412

48-3

LA COMEDIA NUEVA.

COMEDIA.

Non ego ventosa plebis suffragia venor.

HORAT. EPIST. 19, LIB. 1.

PERSONAS.

DON ELEUTERIO.

DOÑA AGUSTINA.

DOÑA MARIQUITA.

DON HERMOGENES.

DON PEDRO.

DON ANTONIO.

DON SERAPIO.

PIPI.

La escena es en un café de Madrid, inmediato á un teatro.

El teatro representa una sala con mesas, sillas y aparador de café: en el foro una puerta con escalera á la habitacion principal, y otra puerta á un lado, que da paso á la calle.

La accion empieza á las cuatro de la tarde, y acaba á las seis.

LA COMEDIA NUEVA.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

D. ANTONIO, PIPÍ.

(D. Antonio sentado junto à una mesa: Pipí paseándose.)

D. ANTONIO.

Parece que se hunde el techo, Pipí.

PIPI.

Señor.

D. ANTONIO.

¿Qué gente hay arriba, que anda tal estrépito? ¿Son locos?

PIPI.

No señor: poetas.

D. ANTONIO.

¿Cómo poetas?

PIPI.

Sí señor: ¡asi lo fuera yo! ¡No es
cosa! Y han tenido una gran comida
Burdeos, pajarete, marrasquino, ¡uh

D. ANTONIO.

¿Y con qué motivo se hace esa fran
cachela?

PIPI.

Yo no sé; pero supongo que será
en celebridad de la comedia nueva que
se representa esta tarde, escrita por
uno de ellos.

D. ANTONIO.

¿Con que han hecho una comedia?
¡Haya picarillos!

PIPI.

¿Pues qué, no lo sabia usted?

D. ANTONIO.

No por cierto.

PIPI.

Pues ahí está el anuncio en el diario.

D. ANTONIO.

No e En efecto, aquí está. (*Leyendo en el diario, que está sobre la mesa.*) COMEDIA NUEVA

¡uh INTITULADA: EL GRAN CERCO DE VIENA.

¡No es cosa! Del sitio de una ciudad hacen una comedia. Si son el diantre.

¡Ay, amigo Pipí, cuánto mas vale ser mozo de café que poeta ridículo!

PIPI.

a que Pues mire usted, la verdad, yo me alegrára de saber hacer, así, alguna cosa...

D. ANTONIO.

edia? ¿Cómo?

PIPI.

Así, de versos... ¿Me gustan tanto los versos?

D. ANTONIO.

¡Oh! los buenos versos son muy es-

timables; pero hoy dia son tan pocos los que saben hacerlos: tan pocos, tan pocos.

PIPI.

No, pues los de arriba bien se conoce que son del arte. ¡Válgame Dios, cuántos han echado por aquella boca! Hasta las mugeres.

D. ANTONIO.

¡Oiga! ¿tambien las señoras decian coplillas?

PIPI.

¡Vaya! Allí hay una Doña Agustina que es muger del autor de la comedia... ¡Qué! si usted viera.... Unas décimas componia de repente.... No es asi la otra, que en toda la mesa no ha hecho mas que retozar con aquel Don Hermógenes, y tirarle miguitas de pan al peluquin.

D. ANTONIO.

¿D. Hermógenes está arriba? ¡Gran pedanton!

PIPI.

Pues con ese se ha estado jugando, y cuando la decian: Mariquita, una copla, vaya una copla, se hacia la vergonzosa; y por mas que la estuvieron azuzando á ver si rompía, nada. Empezó una décima, y no la pudo acabar porque decia que no encontraba el consonante; pero Doña Agustina, su cuñada... ¡Oh! aquella sí. Mire usted lo que es... Ya se ve, en teniendo vena.

D. ANTONIO.

Seguramente. ¿Y quién es ese que cantaba poco ha, y daba aquellos gritos tan descompasados?

PIPI.

¡Oh! ese es D. Serapio.

D. ANTONIO.

¿Pero qué es: qué ocupacion tiene?

PIPI.

Él es... Mire usted, á él le llaman D. Serapio.

D. ANTONIO.

¡Ah! sí. Ese es aquel bulle bulle que hace gestos á las cómicas, y las tin dulces á la silla cuando pasan, y todos los días á saber quién dió cu chillada; y desde que se levanta hasta que se acuesta no cesa de hablar la temporada de verano, la chupa sobresaliente, y las partes de por m dio.

PIPI.

Ese mismo. ¡Oh! ese es de los apasionados finos. Aquí se viene todas las mañanas á desayunar, y arma una disputas con los peluqueros, que un gusto oírle. Luego se va allá abajo al barrio de Jesus: se juntan cuatro amigos, hablan de comedias, altercan rien, fuman en los portales: D. Serpio los introduce aquí y acullá que da la una, se despiden, y él se á comer con el apuntador.

D. ANTONIO.

¿Y ese D. Serapio es amigo del autor de la comedia nueva?

PIPI.

¡Toma! Son uña y carne. Y él ha compuesto el casamiento de Doña Marquita, la hermana del poeta, con Don Hermógenes.

D. ANTONIO.

¿Qué me dices? ¿D. Hermógenes se casa?

PIPI.

¡Vaya si se casa! Como que parece que la boda no se ha hecho ya porque el novio no tiene un cuarto, ni el poeta tampoco; pero le ha dicho que con el dinero que le den por esta comedia, y lo que ganará en la impresion, pondrá la casa y pagará las deudas de D. Hermógenes, que parece que son bastantes.

D. ANTONIO.

¡Sí serán. ¡Cáspita si serán! Pero, y si la comedia apesta, y por consecuencia ni se la pagan ni se vende, ¿qué harán entonces?

PIPI.

Entonces ¿qué sé yo? ¡Pero qué! No señor. Si dice D. Serapio que comedia mejor no se ha visto en tablas.

D. ANTONIO.

¡Ah! pues si D. Serapio lo dice no hay que temer. Es dinero contante, sin remedio. Figúrate tú si D. Serapio y el apuntador sabrán muy bien dónde les aprieta el zapato, y cuál comedia es buena, y cuál deja de serlo.

PIPI.

Eso digo yo; pero á veces... Mire usted, no hay paciencia. Ayer, ¡qué! le hubiera dado con una tranca. Vinieron ahí tres ó cuatro á beber ponche y empezaron á hablar de comedias

¡vaya! yo no me puedo acordar de lo que decían. Para ellos no había nada bueno: ni autores, ni cómicos, ni vestidos, ni música, ni teatro. ¿Qué sé yo cuánto dijeron aquellos malditos? Y dale con el arte, el arte, la moral, y... Deje usted: las... ¿Si me acordaré? Las.... ¡Válgate Dios! ¿Cómo decían? Las... las reglas... ¿Qué son las reglas?

D. ANTONIO.

Hombre: difícil es explicártelo. Reglas son unas cosas que usan allá los extranjeros, particularmente los franceses.

PIPI.

Pues, ya decía yo: esto no es cosa de mi tierra.

D. ANTONIO.

Sí tal: aquí también se gastan, y algunos han escrito comedias con reglas; bien que no llegarán á media do-

cena (por mucho que se estire la cuenta) las que se han compuesto.

PIPI.

Pues ya se ve: mire usted, ¡reglas! No faltaba mas. ¿A que no tiene reglas la comedia de hoy?

D. ANTONIO.

¡Oh! eso yo te lo fio: bien puedes apostar ciento contra uno á que no las tiene.

PIPI.

Y las demas que van saliendo cada dia tampoco las tendrán: ¿no es verdad usted?

D. ANTONIO.

Tampoco. ¿Para qué? No faltaba otra cosa sino que para hacer una comedia se gastáran reglas. No señor.

PIPI.

Bien: me alegro. Dios quiera que pegue la de hoy, y luego verá usted cuántas escribe el bueno de D. Eleu

terio. Porque, lo que él dice, si yo me pudiera ajustar con los cómicos á jornal, entonces... ¡ya se vé! mire usted si con un buen situado podia él...

D. ANTONIO.

Cierto. (*Aparte.*) ¡Qué simplicidad!

PIPI.

Entonces escribiria. ¡Qué! todos los meses sacaria dos ó tres comedias.... Como es tan hábil.

D. ANTONIO.

¿Con que es muy hábil, eh?

PIPI.

¡Toma! poquito le quiere el segundo barba; y si en él consistiera, ya se hubieran echado las cuatro ó cinco comedias que tiene escritas; pero no han querido los otros, y ya se ve, como ellos lo pagan. En diciendo: no nos ha gustado, ó así, andar ¡qué diantres! Y luego, como ellos saben lo que

es bueno; y en fin, mire usted si ellos...
¿No es verdad?

D. ANTONIO.

Pues ya.

PIPI.

Pero deje usted, que aunque es la primera que le representan, me parece á mí que ha de dar golpe.

D. ANTONIO,

¿Con qué es la primera?

PIPI.

La primera. Si es mozo todavía. Yo me acuerdo. Habrá cuatro ó cinco años que estaba de escribiente ahí en esa lotería de la esquina, y le iba muy ricamente; pero como despues se hizo page, y el amo se le murió á lo mejor, y él se habia casado de secreto con la doncella, y tenia ya dos criaturas, y despues le han nacido otras dos ó tres; viéndose él así, sin oficio

s... ni beneficio, ni pariente ni habiente,
ha cogido y se ha hecho poeta.

D. ANTONIO.

Y ha hecho muy bien.

PIPI.

s la
are- Pues ya se vé: lo que él dice, si me
sopla la musa, puedo ganar un pedazo
de pan para mantener aquellos ange-
litos, y así ir trampeando hasta que
Dios quiera abrir camino.

ESCENA II.

D. PEDRO, D. ANTONIO, PIPÍ.

D. PEDRO.

Café.

re to (D. Pedro se sienta junto á una mesa distante de Don
ria- Antonio: Pipí le servirá el café.)
tras
ficio

PIPI.

Al instante.

D. ANTONIO.

No me ha visto.

PIPI.

¿Con leche?

D. PEDRO.

No. Basta.

PIPI.

¿Quién es este?

(*Al retirarse, despues de haber servido el café á D. (Bajo Pedro.)*)

D. ANTONIO.

Este es D. Pedro de Aguilar: hombre muy rico, generoso, honrado, de mucho talento; pero de un carácter tacon ingénuo, tan sério y tan duro, que lmañ hace intratable á cuantos no son sus amigos.

PIPI.

Le veo venir aqui algunas veces; pero nunca habla, siempre está de mal humor.

ESCENA III.

D. SERAPIO, D. ELEUTERIO, D. PEDRO,
D. ANTONIO, PIPÍ.

D. SERAPIO.

¡Pero, hombre, dejarnos así!

à D. (Bajando por la escalera, salen por la puerta del foro.)

D. ELEUTERIO.

Si se lo he dicho á usted ya. La tonadilla que han puesto á mi funcion
nada vale nada, la van á silbar, y quiero
concluir esta mia, para que la canten
mañana.

D. SERAPIO.

¿Mañana? ¿Con que mañana se ha
de cantar, y aun no están hechas ni
letra ni música?

D. ELEUTELIO.

Y aun esta tarde pudieran cantarla,
si usted me apura. ¿Qué dificultad?

Ocho ó diez versos de introduccion, diciendo que callen y atiendan, y chitito. Despues unas cuantas coplillas del mercader que hurta, el peluquero que lleva papeles, la niña que está opilada, el cadete que se baldó en el portal: cuatro equivoquillos, etc., y luego se concluye con seguidillas de la tempestad, el canario, la pastorcilla y el arroyito. La música ya se sabe cuál ha de ser: la que se pone en todas: se añade ó se quita un par de gorgoritos, y estamos al cabo de la calle.

D. SERAFIO.

¡El diantre es usted, hombre! todo se lo halla hecho.

D. ELEUTERIO.

Voy, voy á ver si la concluyo: falta muy poco. Súbase usted.

(D. Eleuterio se sienta junto á una mesa inmediata al foro: y saca de la faltriquera papel y tintero, y escribe.)

D. SERAPIO.

Voy allá; pero...

D. ELEUTERIO.

Sí, sí, váyase usted; y si quieren mas licor, que lo suba el mozo.

D. SERAPIO.

Sí, siempre será bueno que lleven otro par de frasquillos mas. Pipí.

PIPI.

Señor.

D. SERAPIO.

Palabra.

(D. Serapio habla en secreto à Pipí, y vuelve à irse por la puerta del foro: Pipí alcanza del aparador unos frasquillos, y se va por la misma parte.)

D. ANTONIO.

¿Cómo va, amigo D. Pedro?

(D. Antonio se sienta cerca de D. Pedro.)

D. PEDRO.

Oh, señor D. Antonio! No habia reparado en usted. Va bien.

D. ANTONIO.

¿Usted á estas horas por aqui? Si
me hace extraño.

D. PEDRO.

En efecto lo es; pero he comido al
cerca. A fin de mesa se armó una dis-
puta entre dos literatos que apenas sa-
ben leer. Dijeron mil despropósitos
me fastidié, y me vine.

D. ANTONIO.

Pues: con ese genio tan raro que us-
ted tiene, se ve precisado á vivir como
un ermitaño en medio de la corte.

D. PEDRO.

No por cierto. Yo soy el primero en
los espectáculos, en los paseos, en las
diversiones públicas: alterno los pla-
ceres con el estudio: tengo pocos, pe-
ro buenos amigos, y á ellos debo lo
mas felices instantes de mi vida. Si en
las concurrencias particulares soy raro
algunas veces, siento serlo; pero ¿qu

le he de hacer? Yo no quiero mentir,
ni puedo disimular, y creo que el decir la verdad francamente es la prenda mas digna de un hombre de bien.

D. ANTONIO.

Sí; pero cuando la verdad es dura
quien ha de oirla, ¿qué hace usted?

D. PEDRO.

Callo.

D. ANTONIO.

¿Y si el silencio de usted le hace sospechoso?

D. PEDRO.

Me voy.

D. ANTONIO.

No siempre puede uno dejar el puesto, y entonces...

D. PEDRO.

Entonces digo la verdad.

D. ANTONIO.

Aquí mismo he oído hablar muchas

veces de usted. Todos aprecian su talento, su instrucción y su probidad. Pero no dejan de extrañar la aspereza de su carácter.

D. PEDRO.

¿Y por qué? Porque no vengo á predicar al café. Porque no vierto por la noche lo que leí por la mañana. Porque no disputo, ni ostento erudición ridícula, como tres, ó cuatro, ó diez pedantes que vienen aquí á perder el día, y á excitar la admiración de los tontos y la risa de los hombres de juicio. ¿Por eso me llaman áspero y extravagante? Poco me importa. Yo me llevo bien con la opinión que he segado hasta aquí de que en un café jamás debe hablar en público el que sea pedante.

D. ANTONIO.

¿Pues qué debe hacer?

D. PEDRO.

Tomar café.

D. ANTONIO.

¡Viva! Pero hablando de otra cosa, qué plan tiene usted para esta tarde?

D. PEDRO.

A la comedia.

D. ANTONIO.

¿Supongo que irá usted á la pieza ó diueva?

D. PEDRO.

¿Qué, han mudado? Ya no voy.

D. ANTONIO.

Pero, por qué? Vea usted sus razas.

Pipi sale por la puerta del foro con salvilla, corbata y frasquillos que dejará sobre el mostrador.)

D. PEDRO.

Y usted me pregunta por qué? ¿Hay algo que ver la lista de las comedias que se representan cada año,

para inferir los motivos que tendré de no ver la de esta tarde?

D. ELEUTERIO.

¡Hola! Parece que hablan de mi función.

(Escuchando la conversacion de D. Antonio y D. Pedro.)

D. ANTONIO.

De suerte que, ó es buena, ó es mala. Si es buena, se admira y se aplaude; si por el contrario, está llena de sandeces, se rie uno, se pasa el rato y tal vez...

D. PEDRO.

Tal vez me han dado impulsos tirar al teatro el sombrero, el bastón y el asiento, si hubiera podido. A me irrita lo que á usted le divierte. (Guarda D. Eleuterio papel y tintero: se levanta y se va acercando poco á poco, hasta ponerse en medio de los dos.) Yo no sé: usted tiene talento, y la instruccion necesaria para no equivocarse en materias de literatura.

pero usted es el protector nato de todas las ridiculeces. Al paso que conoce usted y elogia las bellezas de una obra de mérito, no se detiene en dar iguales aplausos á lo mas disparatado y absurdo; y con una rociada de pullas, chufletas é ironías, hace usted creer al mayor idiota que es un prodigio de habilidad. Ya se ve, usted dirá que se divierte; pero amigo...

D. ANTÔNIO.

Sí señor que me divierto. Y por otra parte, ¿no seria cosa cruel ir repartiendo por ahí desengaños amargos á ciertos hombres, cuya felicidad estriba en su propia ignorancia? ¿Ni cómo es posible persuadirlos...

D. ELEUTERIO.

No, pues... Con permiso de ustedes. La funcion de esta tarde es muy bonita, seguramente: bien puede usted

ir á verla, que yo le doy mi palabra de que le ha de gustar.

D. ANTONIO.

¿Es este el autor?

(D. Antonio se levanta y despues de la pregunta que hace á Pipí vuelve á hablar con D. Eleuterio.)

PIPI.

El mismo.

D. ANTONIO.

¿Y de quién es? ¿Se sabe?

D. ELEUTERIO.

Señor: es de un sugeto bien nacido muy aplicado, de buen ingenio, que empieza ahora la carrera cómica; bien que el pobrecillo no tiene proteccion

D. PEDRO.

Si es esta la primera pieza que da al teatro, aun no puede quejarse: si ella es buena, agrada-
rá necesariamente, y un gobierno ilustrado como el nuestro, que sabe cuanto interesan á una nacion los progresos de la litera

tura, no dejará sin premio á cualquiera hombre de talento, que sobresalga en un género tan difícil.

D. ELEUTERIO.

Todo eso va bien, pero lo cierto es, que el sugeto tendrá que contentarse con sus quince doblones que le darán los cómicos (si la comedia gusta) y muchas gracias.

D. ANTONIO.

¿Quince? Pues yo creí que eran veinte y cinco.

D. ELEUTERIO.

No señor: ahora en tiempo de calor no se da mas. Si fuera por el invierno, entonces.

D. ANTONIO.

¡Calle! ¿Con que en empezando á helar valen mas las comedias? Lo mismo sucede con los besugos.

(D. Antonio se pasea. D. Eleuterio unas veces le dirige la palabra y otras se vuelve hácia Don

Pedro, que no le contesta ni le mira. Vuelve á hablar con D. Antonio, parándose ó siguiéndole: la cual formará juego de teatro.)

D. ELEUTERIO.

Pues mire usted, aun con ser tan poco lo que dan, el autor se ajustaría de buena gana, para hacer por el precio todas las funciones que necesitase la compañía; pero hay muchas envidias. Unos favorecen á este, otros á aquel, y es menester una tecla para mantenerse en la gracia de los primeros vocales, que..... ¡Ya, ya! Y luego, como son tantos á escribir y cada uno procura despachar su género, entran los empeños, las gratificaciones las rebajas..... Ahora mismo acaba de llegar un estudiante gallego, con unas alforjas llenas de piezas manuscritas comedias, follas, zarzuelas, dramas melodramas, loas, sainetes..... ¿Qué sé yo cuanta ensalada trae allí? Y anda solicitando que los cómicos le com

pren todo el surtido, y da cada obra á trescientos reales una con otra. ¡ Ya se ve! ¿Quién ha de poder competir con un hombre que trabaja tan barato?

D. ANTONIO.

Es verdad, amigo. Ese estudiante gallego hará malísima obra á los autores de la corte.

D. ELEUTERIO.

Malísima. Ya ve usted como están los comestibles.

D. ANTONIO.

Cierto.

D. ELEUTERIO.

Lo que cuesta un mal vestido que uno se haga.

D. ANTONIO.

En efecto.

D. ELEUTERIO.

El cuarto.

D. ANTONIO.

¡Oh! sí, el cuarto. Los caseros son crueles.

D. ELEUTERIO.

Y si hay familia.

D. ANTONIO.

No hay duda, si hay familia es cosa terrible.

D. ELEUTERIO.

Vaya usted á competir con el otro tuno, que con seis cuartos de callos y medio pan tiene el gasto hecho.

D. ANTONIO.

¿Y qué remedio? Ahí no hay más sino arrimar el hombro al trabajo, escribir buenas piezas, darlas muy baratas, que se representen, que aturda al público, y ver si se puede dar como el gallego en tierra. Bien que la noche esta tarde es excelente, y para mí tengo que ir a vender...

D. ELEUTERIO.

¿La ha leído usted?

D. ANTONIO.

No por cierto.

D. PEDRO.

¿La han impreso?

D. ELEUTERIO.

Sí señor. ¿Pues no se había de imprimir?

D. PEDRO.

Pero no estará publicada.

D. ELEUTERIO.

Sí señor.

D. PEDRO.

Mal hecho. Mientras no sufra el exámen del público en el teatro, está muy expuesta, y sobre todo es demasiada confianza en un autor novél.

D. ANTONIO.

¡Qué! No señor. Si le digo á usted que es cosa muy buena. ¿Y dónde se vende?

D. ELEUTERIO.

Se vende en los puestos del diario en la librería de Perez, en la de Quierdo, en la de Gil, en la de Zurio y en el puesto de los cobradores á la entrada del coliseo. Se vende también en la tienda de vinos de la calle de Perez, en la del Herbolario de la calle Ancha, en la Jabonería de la calle del Lobo, en la...

D. PEDRO.

¿Se acabará esta tarde esa relación?

D. ELEUTERIO.

Como el señor preguntaba.

D. PEDRO.

Pero no preguntaba tanto. ¡Si hay paciencia!

D. ANTONIO.

Pues la he de comprar, no tiene medio.

PIPI.

Si yo tuviera dos reales. ¡Voto

D. ELEUTERIO.

Véala usted aquí.

(Saca del bolsillo una comedia impresa, y se la da á D. Antonio.)

D. ANTONIO.

¡Oiga! ¿es esta? A ver. Y ha puesto su nombre. Bien, así me gusta: con eso la posteridad no se andará dando le calabazadas por averiguar la gracia del autor. (Lee D. Antonio.) POR D. ELEUTERIO CRISPIN DE ANDORRA... «Salen el emperador Leopoldo, el rey de Polonia y Federico senescal, vestidos de gala, con acompañamiento de damas y magnates, y una brigada de húsares á caballo.» ¡Soberbia entrada! Y dice el emperador:

Ya sabeis, vasallos míos,
Que habrá dos meses y medio
Que el Turco puso á Viena
Con sus tropas el asedio,
Y que para resistirle
Unimos nuestros denuedos,

Dando nuestros nobles brios
En repetidos encuentros
Las pruebas mas relevantes
De nuestros invictos pechos.

¡Qué estilo tiene! ¡Cáspita! ¡Qué bien
pone la pluma el pícaro!

Bien conozco que la falta
Del necesario alimento
Ha sido tal, que rendidos
De la hambre á los esfuerzos,
Hemos comido ratones,
Sapos y sucios insectos.

Estos insectos sucios serán regularmente
arañas, polillas, moscones, etc.
rederas...

D. ELEUTERIO.

Sí señor.

D. ANTONIO.

¡Estupendo potage para un ventrillo
de Cataluña!

D. ELEUTERIO.

¿Qué tal? ¿No le parece á usted bien la entrada?

(Hablando á D. Pedro.)

D. PEDRO.

¡Eh! á mí, que...

D. ELEUTERIO.

Me alegro que le guste á usted. Pero no, donde hay un paso muy fuerte es al principio del segundo acto. Búsquelo usted... ahí... por ahí ha de estar. Cuando la dama se cae muerta de hambre.

D. ANTONIO.

¿Muerta?

D. ELEUTERIO.

Sí señor, muerta, muerta.

D. ANTONIO.

¿Qué situación tan cómica! ¿Y estas exclamaciones que hace aquí, contra quién son?

D. ELEUTERIO.

Contra el visir: que la tuvo seis días sin comer, porque ella no quería ser su concubina.

D. ANTONIO.

¡Pobrecita! ¡Ya se ve! el visir ser un bruto.

D. ELEUTERIO.

Sí señor.

D. ANTONIO.

Hombre arrebatado. ¿Eh?

D. ELEUTERIO.

Sí señor.

D. ANTONIO.

Lascivo como un mico, feote cara, ¿es verdad?

D. ELEUTERIO.

Cierto.

D. ANTONIO.

Alto, moreno, un poco bizco, grandes bigotes.

D. ELEUTERIO.

Sí señor, sí. Lo mismo me le he figurado yo.

D. ANTONIO.

¡Enorme animal! Pues no, la dama no se muerde la lengua. ¡No es cosa como le pone! Oiga usted, D. Pedro.

D. PEDRO.

No, por Dios: no lo lea usted.

D. ELEUTERIO.

Es que es uno de los pedazos mas terribles de la comedia.

D. PEDRO.

Con todo eso.

D. ELEUTERIO.

Lleno de fuego.

D. PEDRO.

Ya.

D. ELEUTERIO.

Buena versificación.

D. PEDRO.

No importa.

D. ELEUTERIO.

Que alborotará en el teatro si la da
ma lo esfuerza.

D. PEDRO.

Hombre, si he dicho ya que...

D. ANTONIO.

Pero á lo menos, el final del acto
segundo es menester oírle.

(Lee D. Antonio, y al acabar, da la comedia
á D. Eleuterio.)

EMP. Y en tanto que mis rezelos...

VISIR. Y mientras mis esperanzas...

SENESE. Y hasta que mis enemigos...

EMP. Averiguo.

VISIR. Logre.

SENESE. Caigan.

EMP. Rencores, dadme favor.

VISIR. No me dejes, tolerancia.

SENESE. Denuedo, asiste á mi brazo.

TODOS. Para que admire la patria

El mas generoso ardid.

Y la mas tremenda hazaña.

D. PEDRO.

Vamos: no hay quien pueda sufrir tanto disparate.

(Se levanta impaciente en ademan de irse.)

D. ELEUTERIO.

¿Disparates los llama usted?

D. PEDRO.

¿Pues no?

(D. Antonio observa á D. Eleuterio y á D. Pedro, y se rie de entrambos.)

D. ELEUTERIO.

¡Vaya que es tambien demasiado!
¡Disparates! Pues no, no los llaman
disparates los hombres inteligentes
que han leido la comedia. Ciertó que
me ha chocado. ¡Disparates! Y no se
ve otra cosa en el teatro todos los
dias, y siempre gusta, y siempre lo
aplauden á rabiár.

D. PEDRO.

¿Y esto se representa en una nacion
culta?

D. ELEUTERIO.

¡Cuenta que me ha dejado contenta la expresion! ¡Disparates!

D. PEDRO.

¿Y esto se imprime: para que los extranjeros se burlen de nosotros?

D. ELEUTERIO.

¡Llamar disparates á una especie de coro entre el emperador, el visir y el senescal! Yo no sé que quieren estas gentes. Si hoy dia no se puede escribir nada, nada que no se muerda y censure... ¡Disparates! Cuidado que

PIPI.

No haga usted caso.

D. ELEUTERIO.

(Hablando con Pipi hasta el fin de la escena.)

Yo no hago caso, pero me enfada que hablen así. Figúrate tú si la conclusion puede ser mas natural, ni mas ingeniosa. El emperador está lleno de

miedo por un papel que se ha encontrado en el suelo, sin firma ni sobrescrito, en que se trata de matarle. El visir está rabiando por gozar de la hermosura de Margarita, hija del conde de Strambangaum, que es el traidor...

PIPI.

¡Calle! ¡Hay traidor tambien! ¡Cómo me gustan á mí las comedias en que hay traidor!

D. ELEUTERIO.

Pues como digo: el visir está loco de amores por ella: el senescal, que es hombre de bien, si los hay, no las tiene todas consigo, porque sabe que el conde anda tras de quitarle el empleo, y continuamente lleva chismes al emperador contra él: de modo que como cada uno de estos tres personajes está ocupado en su asunto, habla

de ello, y no hay cosa mas natural

(Lee D. Eleuterio: lo suspende, y se guarda la comedia.)

Y en tanto que mis rezelos...

Y mientras mis esperanzas...

Y hasta que mis...

¡Ah! Señor D. Hermógenes: á qu
buena ocasion llega usted.

(Sale D. Hermógenes por la puerta del foro.)

ESCENA IV.

D. HERMÓGENES, D. ELEUTERIO,
D. PEDRO, D. ANTONIO, PIPÍ.

D. HERMÓGENES.

Buenas tardes, señores.

D. PEDRO.

A la órden de usted.

D. ANTONIO.

Felicísimas, amigo D. Hermógenes

D. ELEUTERIO.

Digo, me parecé que el señor Don
Hermógenes, será juez muy abonado

(D. Pedro se acerca á la mesa en que está el dia

rio: lee para sí, y á veces presta atencion á lo que hablan los demas.) para decidir la cuestion que se trata: todo el mundo sabe su instruccion, y lo que ha trabajado en los papeles periódicos, las traducciones que ha hecho del francés, sus actos literarios, y sobre todo, la escrupulosidad y el rigor con que censura las obras ajenas. Pues yo quiero que nos diga...

D. HERMÓGENES.

Usted me confunde con elogios que no merezco, señor D. Eleuterio. Usted solo es acreedor á toda la alabanza, por haber llegado en su edad juvenil al pináculo del saber. Su ingenio de usted, el mas ameno de nuestros dias, su profunda erudicion, su delicado gusto en el arte rítmica, su...

D. ELEUTERIO.

Vaya, dejemos eso.

D. HERMÓGENES.

Su docilidad, su moderacion...

D. ELEUTERIO.

Bien; pero aqui se trata solamente de saber si...

D. HERMÓGENES.

Estas prendas sí que merecen admiracion y encomio.

D. ELEUTERIO.

Ya, eso sí; pero díganos usted lisa (Siéntanla) llanamente si la comedia que hoy representa es disparatada ó no.

D. HERMÓGENES.

¿Disparatada? ¿Y quién ha prorupido en un aserto tan...

D. ELEUTERIO.

Eso no hace al caso. Díganos usted lo que le parece, y nada mas.

D. HERMÓGENES.

Sí diré; pero antes de todo conviene saber que el poema dramático admite dos géneros de fábula. *Sunt autem fabulæ, aliæ simplices, aliæ implexæ.* para la doctrina de Aristóteles. Pero lo diré expli-

griego para mayor claridad. *Eisi de ton mython oi men aploi oi de peplegmenoï. Cai gar ai praxeis...*

D. ELEUTERIO.

Hombre, pero si...

D. ANTONIO.

Yo reviento.

(*Siéntase en una silla, haciendo esfuerzos para contener la risa.*)

D. HERMÓGENES.

Cai gar ai praxeis on mimeseïs oi...

D. ELEUTERIO.

Pero...

D. HERMÓGENES.

Mithoi eisin iparchousin...

D. ELEUTERIO.

Pero si no es eso lo que á usted se le pregunta.

D. HERMÓGENES.

Ya estoy en la cuestion. Bien que, para la mejor inteligencia, convendria iré explicar lo que los críticos entienden

por prótasis, epítasis, catástasis, catástrofe, peripecia, agnición, ó anagnórisis, partes necesarias á toda buena comedia, y que segun Escalígero, Vossio, Dacier, Marmontel, Castelvetro y Daniel Heinsio...

D. ELEUTERIO.

Bien, todo eso es admirable; pero

D. PEDRO.

Este hombre es loco.

D. HERMÓGENES.

Si consideramos el origen del teatro hallaremos que los megareos, los atenienses y los atenienses...

D. ELEUTERIO.

D. Hermógenes, por amor de Dios si no...

D. HERMÓGENES.

Véanse los dramas griegos, y hallaremos que Anaxippo, Anaxándrides, Eúpolis, Antíphanes, Philipides, C...

tino, Crátes, Epicrátes, Menecrátes y Pherecrátes...

D. ELEUTERIO.

Si le he dicho á usted que...

D. HERMÓGENES.

Y los mas celebérrimos dramaturgos de la edad pretérita, todos, todos convinieron *nemine discrepante* en que la prótasis debe preceder á la catástrofe necesariamente. Es así que la comedia del Cerco de Viena..

D. PEDRO.

A Dios, señores.

Se encamina hácia la puerta. D. Antonio se levanta y procura detenerle.)

D. ANTONIO.

¿Se va usted, D. Pedro?

D. PEDRO.

¿Pues quién, sino usted, tendrá fresura para oír eso?

D. ANTONIO.

Pero si el amigo D. Hermógenes nos

va á probar con la autoridad de Hipócrates y Martin Lutero que la pieza consabida, lejos de ser un desatino.

D. HERMÓGENES.

Ese es mi intento: probar que es un acéfalo insipiente cualquiera que ha dicho que la tal comedia contiene regularidades absurdas; y yo aseguro que delante de mí ninguno se hubiera atrevido á propalar tal asercion.

D. PEDRO.

Pues yo delante de usted la propongo, y le digo que por lo que el señor ha leído de ella, y por ser usted el que la abona, infiero que ha de ser cosa detestable; que su autor será un hombre sin principios ni talento, que usted es un erudito á la violeta presumido y fastidioso hasta no más. A Dios, señores. *(Hace que se va, y van)*

D. ELEUTERIO.

(Señalando à D. Antonio.)

Pues á este caballero le ha parecido muy bien lo que ha visto de ella.

D. PEDRO.

A ese caballero le ha parecido muy mal; pero es hombre de buen humor, y gusta de divertirse. A mí me lastima en verdad la suerte de estos escritores que entontecen al vulgo con obras tan desatinadas y monstruosas, dictadas, mas que por el ingenio, por la necesidad ó la presuncion. Yo no conozco al autor de esa comedia, ni sé quién es; pero si ustedes, como parece, son amigos suyos, díganle en caridad que se deje de escribir tales desvaríos; que aun está á tiempo, puesto que es la primera obra que publica; que no le engañe el mal ejemplo de los que deliran á destajo; que siga otra carrera, en que por medio de un trabajo honesto podrá socorrer sus necesidades

y asistir á su familia, si la tiene. Díganle ustedes que el teatro español tiene de sobra autorcillos chanflones, que le abastezcan de mamarrachos; que lo que lo que necesita es una reforma fundamental en todas sus partes; y que mientras esta no se verifique, los buenos ingenios que tiene la nacion, ó no harán nada, ó harán lo que únicamente baste para manifestar que saben escribir con acierto, y que no quieren escribir.

D. HERMÓGENES.

Bien dice Séneca en su Epístola diez y ocho que...

D. PEDRO.

Séneca dice en todas sus Epístolas que usted es un pedanton ridículo á quien yo no puedo aguantar. A Dios señores.

ESCENA V.

D. ANTONIO, D. ELEUTERIO, DON
HERMÓGENES, PIPÍ.

D. HERMÓGENES.

¡Yo pedanton! (*Encarándose hacia la puerta por donde se fué D. Pedro. D. Eleuterio se pasea inquieto por el teatro.*) ¡Yo, que he compuesto siete prolusiones greco-latinas sobre los puntos mas delicados del derecho!

D. ELEUTERIO.

¡Lo que él entenderá de comedias cuando dice que la conclusion del segundo acto es mala!

D. HERMÓGENES.

Él será el pedanton.

D. ELEUTERIO.

¡Hablar así de una pieza que ha de durar lo menos quince dias! Y si empieza á llover...

D. HERMÓGENES.

Yo, estoy graduado en leyes, y soy opositor á cátedras, y soy académico y no he querido ser dómine de Pío.

D. ANTONIO.

Nadie pone duda en el mérito de usted, señor D. Hermógenes, nadie; pero esto ya se acabó, y no es cosa de acalorarse.

D. ELEUTERIO.

Pues la comedia ha de gustar, más que le pese.

D. ANTONIO.

Sí señor, gustará. Voy á ver si le alcanzo; y *velis nolis*, he de hacer que la vea para castigarle.

D. ELEUTERIO.

Buen pensamiento: sí, vaya usted.

D. ANTONIO.

En mi vida he visto locos mas locos

ESCENA VI.

D. HERMÓGENES, D. ELEUTERIO.

D. ELEUTERIO.

¡Llamar detestable á la comedia! ¡Vaya que estos hombres gastan un lenguaje que da gozo oírle!

D. HERMÓGENES.

Aquila non capit muscas, D. Eleuterio. Quiero decir que no haga usted caso. A la sombra del mérito crece la envidia. A mí me sucede lo mismo. Ya ve usted si yo sé algo...

D. ELEUTERIO.

¡Oh!

D. HERMÓGENES.

Digo, me parece que (sin vanidad) pocos habrá que...

D. ELEUTERIO.

Ninguno. Vamos, tan completo como una
mo usted, ninguno.

D. HERMÓGENES.

Que reunan el ingenio á la erudición, la aplicación al gusto, del modo que yo (sin alabarme), he llegado á reunirlos. ¿Eh?

D. ELEUTERIO.

Vaya, de eso no hay que hablar; es mas claro que el sol que nos alumbra á todos.

D. HERMÓGENES.

Pues bien. A pesar de eso hay quien me llama pedante, y casquivano, animal cuadrúpedo. Ayer, sin ir mas lejos, me lo dijeron en la puerta del Sol delante de cuarenta ó cincuenta personas.

D. ELEUTERIO.

¡Picardia! ¿Y usted que hizo?

D. HERMÓGENES.

Lo que debe hacer un gran filósofo.

Callé, tomé un polvo, y me fuí á oír una misa á la Soledad.

D. ELEUTERIO.

Envidia todo, envidia. ¿Vamos arriba?

D. HERMÓGENES.

Esto lo digo para que usted se anime, y le aseguro que los aplausos que... Pero, dígame usted, ¿ni siquiera una onza de oro le han querido adelantar á usted á cuenta de los quince doblones de la comedia?

D. ELEUTERIO.

Nada, ni un ochavo. Ya sabe usted las dificultades que ha habido para que esa gente la reciba. Por último hemos quedado en que no han de darme nada hasta ver si la pieza gusta ó no.

D. HERMÓGENES.

¡Oh! ¡corvas almas! Y precisamente en la ocasion mas crítica para mí. Bien dice Tito Livio, que cuando...

D. ELEUTERIO.

¿Pues qué hay de nuevo?

D. HERMÓGENES.

Ese bruto de mi casero... El hombre es una mas ignorante que conozco. Por años he sido medio que le debo de alquileres y él me pierde el respeto, me amenaza....

D. ELEUTERIO.

No hay que afligirse. Mañana o dentro de tres días es regular que me den el dinero; pagaremos á ese bribon; y si tiene un poco de caridad algun pico en la hostería, también se....

D. HERMÓGENES.

Sí, aun hay un piquillo. Cosa con la que me maña...

D. ELEUTERIO.

Pues bien. Con la impresion lo voy a ganar. Yo me voy a ganar los cuatro mil reales.

D. HERMÓGENES.

Lo menos. Se vende toda segundamente. *(Vase Pipi por la puerta del foro.)*

D. ELEUTERIO.

Pues con ese dinero saldremos de apuros: se adornará el cuarto nuevo: unas sillas, una cama y algun otro chisme. Se casa usted. Mariquita, como usted sabe, es aplicada, haciendo silla y muy muger: ustedes estarán en mi casa continuamente. Yo iré dando las otras cuatro comedias, que pegando la de hoy, las recibirán los cómicos con palio. Pillo la moneda, las imprimo, se venden: entretanto ya tendré algunas hechas, y otras en el telar. Vaya, no hay que temer. Y sobre todo, usted saldrá colocado de hoy á mañana: una intendencia, una toga, una embajada, ¿qué sé yo? Ello es que el ministro le estima á usted. ¿No es verdad?

D. HERMÓGENES.

Tres visitas le hago cada dia.

D. ELEUTERIO.

Sí, apretarle, apretarle. Subamos M
riba, que las mugeres ya estarán... cons

D. HERMÓGENES.

Diez y siete memoriales le he en sine
gado la semana última. ento

D. ELEUTERIO.

¿Y qué dice? Mari

D. HERMÓGENES.

En uno de ellos puse por lema a
celebérrimo dicho del Poeta: *Pall
mors æquo pulsat pede pauperum
bernas regumque turres.* conc

D. ELEUTERIO.

¿Y qué dijo cuando leyó eso de
tabernas? sion.

D. HERMÓGENES.

Que bien: que ya está enterado
mi solicitud.

D. ELEUTERIO.

Pues, no le digo á usted. Van
eso está conseguido.

D. HERMÓGENES.

Mucho lo deseo, para que á este consorcio apetecido acompañe el episodio de tener que comer, puesto que *sine Cerere et Bacho friget Venus*. Y entonces. ¡Oh! entonces.... Con un buen empleo y la blanca mano de Mariquita, ninguna otra cosa me queda que apetecer sino que el cielo me conceda numerosa y masculina sucesion.

(*Vanse por la puerta del foro.*)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA,
D. SERAPIO, D. HERMÓGENES, D.
ELEUTERIO.

(Salen por la puerta del foro.)

D. SERAPIO.

El trueque de los puñales, créame
usted, es de lo mejor que se ha vis

D. ELEUTERIO.

¿Y el sueño del emperador?

DOÑA AGUSTINA.

¿Y la oracion que hace el visir á
ídolos?

DOÑA MARIQUITA.

Pero á mí me parece que no es regular que el emperador se durmiera, precisamente en la ocasion mas...

D. HERMÓGENES.

Señora, el sueño es natural en el hombre, y no hay dificultad en que un emperador se duerma, porque los vapores húmedos que suben al cerebro....

DOÑA AGUSTINA.

¿Pero usted hace caso de ella? ¿Qué tontería? Si no sabe lo que se dice. Y á todo esto, ¿qué hora tenemos?

D. SERAPIO.

Serán. Deje usted. Podrán ser ahora....

D. HERMÓGENES.

Aquí está mi reloj (*Saca su reloj.*) que es puntualísimo. Tres y media cabales.

DOÑA AGUSTINA.

¡Oh! pues aun tenemos tiempo. Sen-

témonos, una vez que no hay gente
(*Siéntanse todos, menos D. Eleuterio.*)

D. SERAPIO.

¿Qué gente ha de haber? Si fuer
en otro cualquier dia... pero hoy tod
el mundo va á la comedia.

DOÑA AGUSTINA.

Estará lleno, lleno.

D. SERAPIO.

Habrá hombre que dará esta tard
dos medallas por un asiento de lu
neta.

D. ELEUTERIO.

Ya se vé, comedia nueva, autor nue
vo, y...

DOÑA AGUSTINA.

Y que ya la habrán leído muchísi
simos, y sabrán lo que es. Vaya, m
cabrá un alfiler; aunque fuera el co
liseo siete veces mas grande.

D. SERAPIO.

Hoy los Chorizos se mueren de fri

y de miedo. Ayer noche apostaba yo al marido de la Graciosa seis onzas de oro á que no tienen esta tarde en su corral cien reales de entrada.

D. ELEUTERIO.

¿Con que la apuesta se hizo en efecto? ¿Eh?

D. SERAPIO.

No llegó el caso, porque yo no tenía en el bolsillo mas que dos reales y unos cuartos... Pero ¡cómo los hice rabiar! y qué....

D. ELEUTERIO.

Soy con ustedes: voy aquí á la librería, y vuelvo.

DOÑA AGUSTINA.

¿A qué?

D. ELEUTERIO.

¿No te lo he dicho? Si encargué que me trajesen ahí la razón de lo que va vendido, para que....

DOÑA AGUSTINA.

Sí, es verdad. Vuelve presto.

D. ELEUTERIO.

Al instante. (*Vase.*)

DOÑA MARIQUITA.

¡Qué inquietud! ¡qué ir y venir! para este hombre.

DOÑA AGUSTINA.

Todo se necesita, hija; y si no fue por su buena diligencia, y lo qué ha minado y revuelto, se hubiera quedado con su comedia escrita y su trabajo perdido.

DOÑA MARIQUITA.

¿Y quién sabe lo que sucederá todavía, hermana? Lo cierto es que yo estoy en brasas; porque, vaya, si la silban, yo no sé lo que será de mí.

DOÑA AGUSTINA.

¡Pero por qué la han de silbar, ignorante? ¡Qué tonta eres, y qué falta de comprension!

DOÑA MARIQUITA.

Pues: siempre me está usted diciendo eso. (*Sale Pipi por la puerta del foro con platos, botellas, etc. Lo deja todo sobre el mostrador, y vuelve à irse por la misma parte.*) Vaya que algunas veces me... ¡Ay, D. Hermógenes! no sabe usted qué ganas tengo de ver estas cosas concluidas, y poderme ir á comer un pedazo de pan con quietud á mi casa, sin tener que sufrir tales sinrazones.

D. HERMÓGENES.

No el pedazo de pan, sino ese hermoso pedazo de cielo, me tiene á mí impaciente hasta que se verifique el suspirado consorcio.

DOÑA MARIQUITA.

¡Suspirado, sí, suspirado! Quién le creyera á usted.

D. HERMÓGENES.

¡Pues quién ama tan de veras como yo? cuando ni Píramo, ni Marco An-

tonio, ni los Ptolomeos Egipcios, ni todos los Seleúcidas de Asiria sintieron jamas un amor comparable al mío.

DOÑA AGUSTINA.

¡Discreta hipérbole! Viva, viva. Repóndele, bruto.

DOÑA MARIQUITA.

¿Qué he de responder, señora, si no le he entendido una palabra?

DOÑA AGUSTINA.

¡Me desespera!

DOÑA MARIQUITA.

Pues digo bien. ¿Qué sé yo quien son esas gentes de quien está hablando? Mire usted, para decirme: Mariquita, yo estoy deseando que nos casemos. Así que su hermano de usted coja esos cuartos, verá usted como todo se dispone: porque la quiero á usted mucho, y es usted muy guapa muchacha, y tiene usted unos ojos mu-

peregrinos, y... ¿Qué sé yo? Así. Las cosas que dicen los hombres.

DOÑA AGUSTINA.

Sí, los hombres ignorantes, que no tienen crianza ni talento, ni saben latin.

DOÑA MARIQUITA.

¡Pues, latin! Maldito sea su latin. Cuando le pregunto cualquiera friolera, casi siempre me responde en latin, y para decir que se quiere casar conmigo, me cita tantos autores.... Mire usted qué entenderán los autores de eso, ni qué les importará á ellos que nosotros nos casemos ó no.

DOÑA AGUSTINA.

¡Qué ignorancia! Vaya, D. Hermógenes: lo que le he dicho á usted. Es menester que usted se dedique á instruirla y descortezarla; porque la verdad, esa estupidez me avergüenza. Yo, bien sabe Dios que no he podido mas:

ya se ve, ocupada continuamente en ayudar á mi marido en sus obras, en corregírselas (como usted habrá visto muchas veces), en sugerirle ideas fin de que salgan con la debida perfeccion, no he tenido tiempo para aprender su enseñanza. Por otra parte es increíble lo que aquellas criaturas me molestan. El uno que llora, el otro que quiere mamar, el otro que rompió la taza, el otro que se cayó de silla, me tienen continuamente afanada. Vaya: yo lo he dicho mil veces para las mugeres instruidas es un tormento la fecundidad.

DOÑA MARIQUITA.

¡Tormento! ¡Vaya, hermana, que usted es singular en todas sus cosas. Pues yo si me caso, bien sabe Dios que....

DOÑA AGUSTINA.

Calla, majadera, que vas á decir disparate.

D. HERMÓGENES.

Yo la instruiré en las ciencias abstractas: la enseñaré la prosodia: haré que copie á ratos perdidos el arte magna de Raymundo Lulio, y que me recite de memoria todos los mártres dos ó tres hojas del diccionario de Rubiños. Despues aprenderá los logarismos y algo de la estática: despues....

DOÑA MARIQUITA.

Despues me dará un tabardillo pintado, y me llevará Dios. ¡Se habrá visto tal empeño! No señor: si soy ignorante, buen provecho me haga. Yo sé escribir y ajustar una cuenta, sé guisar, sé aplanchar, sé coser, sé zurcir, sé bordar, sé cuidar de una casa: yo cuidaré de la mia, y de mi marido, y de mis hijos, y yo me los criaré. Pues señor, ¿no sé bastante? Que por fuerza he de ser doctora y marisabidilla, y que he de aprender la gramática, y

que he de hacer coplas. ¿Para qué
¿para perder el juicio? que permito
Dios si no me parece casa de locos
nuestra, desde que mi hermano
dado en esas manías. Siempre dispu-
tando marido y muger sobre si la
cena es larga ó corta, siempre conta-
do las letras por los dedos para saber
si los versos están cabales ó no, si
lance á obscuras ha de ser antes de
batalla ó despues del veneno, y me-
noseando continuamente gacetas y me-
curios para buscar nombres bien e-
travagantes, que casi todos acaban en
of y en *graf*, para embutir con ellas
sus relaciones.... Y entretanto ni
barre el cuarto; ni la ropa se lava,
las medias se cosen; y lo que es poco
ni se come, ni se cena. ¿Qué le pare-
ce á usted que comimos el domingo
pasado, D. Serapio?

D. SERAPIO.

Yo, señora, ¿cómo quiere usted que...

DOÑA MARIQUITA.

Pues lléveme Dios, si todo el banquete no se redujo á libre y media de pepinos, bien amarillos y bien gordos, que compré á la puerta, y un pedazo de rosca que sobró del dia anterior. Y éramos seis bocas á comer, que el mas desganado se hubiera engullido un cabrito y media hornada sin levantarse del asiento.

DOÑA AGUSTINA.

Esta es su cancion. Siempre quejándose de que no come, y trabaja mucho. Menos como yo, y mas trabajo en un rato que me ponga á corregir alguna escena, ó arreglar la ilusion de una catástrofe, que tú cosiendo y fre-gando, ú ocupada en otros ministerios viles y mecánicos.

Sí Mariquita, sí: en eso tiene razón mi señora Doña Agustina. Hay gran diferencia de un trabajo á otro, y los experimentos cotidianos nos enseñan que toda muger que es literata y sabe hacer versos, *ipso facto* se halla exonerada de las obligaciones domésticas. Yo lo probé en una disertación que leí á la Academia de los Cinocéfalos. Allí sostuve que los versos se confunden con la glándula pineal, y los calzoncillos con los tres dedos llamados *pollex*, *index*, é *infamis*: que decir, que para lo primero se necesita toda la argucia del ingenio; que para lo segundo basta solo la costumbre de la mano. Y concluí á satisfacción de todo mi auditorio, que es difícil hacer un soneto, que pegar un hombrillo; y que mas elogio merece una muger que sepa componer décimas.

redondillas, que la que solo es buena para hacer un pisto con tomate, un ajo de pollo, ó un carnero verde.

DOÑA MARIQUITA.

Aun por eso en mi casa no se gastan pistos, ni carneros verdes, ni pollos, ni ajos. Ya se ve: en comiendo versos no se necesita cocina.

D. HERMÓGENES.

Bien está, sea lo que usted quiera, ídolo mio; pero si hasta ahora se ha padecido alguna estrechez (*angustam pauperiem* que dijo el profano), de hoy en adelante será otra cosa.

DOÑA MARIQUITA.

¿Y qué dice el profano? ¿que no silbarán esta tarde la comedia?

D. HERMÓGENES.

No señora, la aplaudirán.

D. SERAPIO.

Durará un mes, y los cómicos se cansarán de representarla.

D. MARIQUITA.

No, pues no decían eso ayer los que encontramos en la botillería. ¿Se acuerda usted, hermana? Y aquel mas alto á fé que no se mordía la lengua.

D. SERAPIO.

¿Alto? ¿uno alto, eh? Ya le conozco (*Se levanta.*) ¡Picaron, vicioso! Uno de capa, que tiene un chirlo en las narices. ¡Bribon! Ese es un oficial de guarnicionero, muy apasionado de la otra compañía. ¡Alborotador! que él fue el que tuvo la culpa de que silbáran la comedia de *El Monstruo mas espantable del Ponto de Calidonia*, que la hizo un sastre pariente de un vecino mío pero yo le aseguro al...

DOÑA MARIQUITA.

¿Qué tonterías está usted ahí diciendo? Si no es ese de quien yo hablo.

D. SERAPIO.

Si, uno alto, mala traza, con una señal que le coge...

DOÑA MARIQUITA.

Si no es ese.

D. SERAPIO.

¡Mayor gatallon! ¡Y qué mala vida dió á su muger! ¡Pobrecita! Lo mismo la trataba que á un perro.

DOÑA MARIQUITA.

Pero si no es ese, dale. ¿A qué viene cansarse? Este era un caballero muy decente: que no tiene ni capa, ni chirlo, ni se parece en nada al que usted nos pinta.

D. SERAPIO.

Ya; pero voy al decir. ¡Unas ganas tengo de pillar al tal guarnicionero! No irá esta tarde al patio, que si fuera.... ¡eh!.... Pero el otro dia, qué cosas le dijimos alli en la plazuela de San Juan. Empeñado en que la otra

compañía es la mejor, y que no hay quien la tosa. ¿Y saben ustedes (*Vuelve à sentarse*) por qué es todo ello? Porque los domingos por la noche se van él y otro de su pelo á casa de la Ramirez, y allí se están retozando en el recibimiento con la criada: despues les sacan un poco de queso, ó unos pimientos en vinagre, ó así; y luego se van palmotear como desesperados á la barandillas y al degolladero. Pero no hay remedio: ya estamos prevenidos los apasionados de acá, y á la primera comedia que echen en el otro corralizas, sin remision, á silbidos se ha de hundir la casa. A ver....

DOÑA MARIQUITA.

¿Y si ellos nos ganasen por la mano, y hacen con la de hoy otro tanto

DOÑA AGUSTINA.

Sí, te parecerá que tu hermano es un burlero, y que ha trabajado poco esto

días para que no le suceda un chasco. Él se ha hecho ya amigo de los principales apasionados del otro corral; ha estado con ellos; les ha recomendado la comedia, y les ha prometido que la primera que componga será para su compañía. Además de eso, la dama de allá le quiere mucho; él va todos los días á su casa á ver si se la ofrece algo, y cualquiera cosa que allí ocurra, nadie la hace sino mi marido. Don Eleuterio, tráigame usted un par de libras de manteca. D. Eleuterio, eche usted un poco de alpiste á ese canario. D. Eleuterio, dé usted una vuelta por la cocina, y vea usted si empieza á espumar aquel puchero; y él, ya se ve, lo hace todo con una prontitud y un agrado, que no hay mas que pedir; porque en fin el que necesita, es preciso que.... Y por otra parte, como él, bendito sea Dios, tiene tal gracia para

cualquier cosa, y es tan servicial con todo el mundo. ¡Qué silbar!.... No, hija, no hay que temer; á buenas alabas se ha agarrado él para que le silben.

D. HERMÓGENES.

Y sobre todo, el sobresaliente mérito del drama bastaría á imponer taciturnidad y admiracion á la turba maragarrula, mas desenfrenada é insipiente

DOÑA AGUSTINA.

Pues ya se ve. Figúrese usted una comedia heróica como esta, con mas de nueve lances que tiene. Un desafío á caballo por el patio, tres batallas, dos tempestades, un entierro, una funcion de máscara, un incendio de ciudad, un puente roto, dos ejercicios de fuego y un ajusticiado; figúrese usted si esto ha de gustar precisamente

D. SERAPIO.

¡Toma si gustará!

D. HERMÓGENES.

Aturdirá.

D. SERAPIO.

Se despoblará Madrid por ir á verla.

DOÑA MARIQUITA.

Y á mí me parece que unas comedias así debían representarse en la plaza de los toros.

ESCENA II.

D. ELEUTERIO, DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, D. SERAPIO, DON HERMÓGENES.

DOÑA AGUSTINA.

Y bien: ¿qué dice el librero? ¿Se despachan muchas?

D. ELEUTERIO.

Hasta ahora....

DOÑA AGUSTINA.

Deja: me parece que voy á acertar: habrá vendido.... ¿Cuando se pusieron los carteles?

D. ELEUTERIO.

Ayer por la mañana. Tres ó cuatro hice poner en cada esquina.

D. SERAPIO.

Ah, y cuide usted (*Levántase.*) que les pongan buen engrudo, porque si no...

D. ELEUTERIO.

Sí, que no estoy en todo. Como que yo mismo le hice con esa mira, y lleva una buena parte de cola.

DOÑA AGUSTINA.

El diario y la gaceta la han anunciado ya: ¿es verdad?

D. HERMÓGENES.

En términos precisos.

DOÑA AGUSTINA.

Pues irán vendidos.... Quinientos ejemplares.

D. SERAPIO.

¡Qué friolera! Y mas de ochocientos tambien.

DOÑA AGUSTINA.

¿He acertado?

D. SERAPIO.

¿Es verdad que pasan de ochocientos?

D. ELEUTERIO.

No señor, no es verdad. La verdad es que hasta ahora, segun me acaban de decir, no se han despachado mas que tres ejemplares; y esto me da malísima espina.

D. SERAPIO.

¿Tres no mas? Harto poco es.

DOÑA AGUSTINA.

Por vida mia que es bien poco.

D. HERMÓGENES.

Distingo. Poco, absolutamente hablando, niego; respectivamente concedo: porque nada hay que sea poco ni mucho *per se*, sino respectivamente. Y así, si los tres ejemplares vendidos constituyen una cantidad tercia, con relacion á nueve, y bajo este respecto los dichos tres ejemplares se llaman poco, tambien estos mismos tres ejemplares relativamente á uno, componen una triplicada cantidad, á la cual podemos llamar mucho, por la diferencia que va de uno á tres. De donde concluyo: que no es poco lo que se ha vendido, y que es falta de ilustracion sostener lo contrario.

DOÑA AGUSTINA.

Dice bien, muy bien.

D. SERAPIO.

¡Qué! ¡si en poniéndose á hablar este hombre!

DOÑA MARIQUITA.

Pues, en poniéndose á hablar probará que lo blanco es verde, y que dos y dos son veinte y cinco. Yo no entiendo tal modo de sacar cuentas.... Pero, al cabo y al fin, las tres comedias que se han vendido hasta ahora, ¿serán mas que tres?

D. ELEUTERIO.

Es verdad, y en suma todo el importe no pasará de seis reales.

DOÑA MARIQUITA.

Pues, seis reales: cuando esperábamos montes de oro con la tal impresion. Ya voy yo viendo que si mi boda no se ha de hacer hasta que todos esos papelotes se despachen, me llevarán con palma á la sepultura. (*Llorando.*) ¡Pobrecita de mí!

D. HERMÓGENES.

No así, hermosa Mariquita, desper-

dicie usted el tesoro de perlas que una
y otra luz derrama.

DOÑA MARIQUITA.

¡Perlas! Si yo supiera llorar perlas
no tendría mi hermano necesidad de
escribir disparates.

ESCENA III.

D. ANTONIO, D. ELEUTERIO, D. HERMOGENES,
DOÑA AGUSTINA, DOÑA
MARIQUITA.

D. ANTONIO.

A la orden de ustedes, señores.

D. ELEUTERIO.

¿Pues cómo tan presto? ¿No dijo usted
que iría á ver la comedia?

D. ANTONIO.

En efecto, he ido. Allí queda Don
Pedro.

D. ELEUTERIO.

¿Aquel caballero de tan mal humor?

D. ANTONIO.

El mismo. Que quieras que no, le he acomodado (*Sale Pipi por la puerta del foro con un canastillo de manteles, cubiertos, etc., y le pone sobre el mostrador.*) en el palco de unos amigos. Yo creí tener luneta segura; ¡pero qué! ni luneta, ni palcos, ni tertulia, ni cubillos; no hay asiento en ninguna parte.

DOÑA AGUSTINA.

Si lo dije.

D. ANTONIO.

Es mucha la gente que hay.

D. ELEUTERIO.

Pues no, no es cosa de que usted se quede sin verla. Yo tengo palco. Véngase usted con nosotros, y todos nos acomodaremos.

DOÑA AGUSTINA.

Sí, puede usted venir con toda satisfaccion, caballero.

D. ANTONIO.

Señora, doy á usted mil gracias por su atencion; pero ya no es cosa de volver allá. Cuando yo salí se empezaba la primer tonadilla, con que....

D. SERAPIO.

¿La tonadilla? *(Se levantan todos.)*

DOÑA MARIQUITA.

¿Qué dice usted?

D. ELEUTERIO.

¿La tonadilla?

DOÑA AGUSTINA.

¿Pues como han empezado tan presto?

D. ANTONIO.

No, señora, han empezado á la hora regular.

DOÑA AGUSTINA.

No puede ser, si ahora serán...

D. HERMÓGENES.

Yo lo diré (*Saca el reloj.*) : las tres y media en punto.

DOÑA MARIQUITA.

¡Hombre! ¿qué tres y media? su reloj de usted está siempre en las tres y media.

DOÑA AGUSTINA.

A ver.... (*Toma el reloj de D. Hermógenes, le aplica al oído, y se le vuelve.*) Si está parado.

D. HERMÓGENES.

Es verdad. Esto consiste en que la elasticidad del muelle espiral...

DOÑA MARIQUITA.

Consiste en que está parado, y nos ha hecho usted perder la mitad de la comedia. Vamos, hermana.

DOÑA AGUSTINA.

Vamos.

D. ELEUTERIO.

¡Cuidado que es cosa particular, Vo
to va sanes. La casualidad de....

DOÑA MARIQUITA.

Vamos pronto. ¿Y mi abanico?

D. SERAPIO.

Aquí está.

D. ANTONIO.

Llegarán ustedes al segundo acto.

DOÑA MARIQUITA.

Vaya, que este D. Hermógenes....

DOÑA AGUSTINA.

Quede usted con Dios, caballero.

DOÑA MARIQUITA.

Vamos aprisa.

D. ANTONIO.

Vayan ustedes con Dios.

D. SERAPIO.

A bien que cerca estamos.

D. ELEUTERIO.

Cierto que ha sido chasco, estarnos
asi fiados en....

DOÑA MARIQUITA.

Fiados en el maldito reloj de Don
Hermógenes.

ESCENA IV.

D. ANTONIO, PIPÍ.

D. ANTONIO.

¿Con que estas dos son la hermana
y la muger del autor de la comedia?

PIPI.

Sí señor.

D. ANTONIO.

¡Qué paso llevan! Ya se ve, se fia-
ron del reloj de D. Hermógenes.

PIPI.

Pues yo no sé qué será; pero desde

la ventana de arriba se ve salir mucha gente del coliseo.

D. ANTONIO.

Serán los del patio, que estarán sofocados. Cuando yo me vine quedaban dando voces para que les abriesen las puertas. El calor es muy grande; y por otra parte, meter cuatro donde no caben mas que dos es un despropósito; pero lo que importa es cobrar á la puerta, y mas que revienten dentro

ESCENA V.

D. PEDRO, D. ANTONIO, PIPÍ.

D. ANTONIO.

¡Calle! ¿Ya está usted por acá? Pues y la comedia, ¿en qué estado queda?

D. PEDRO.

Hombre, no me hable usted de co-

media (*Se sienta.*), que no he tenido rato peor muchos meses ha.

D. ANTONIO.

¿Pues qué ha sido ello?

(*Sentándose junto á D. Pedro.*)

D. PEDRO.

¿Qué ha de ser? Que he tenido que sufrir (gracias á la recomendacion de usted) casi todo el primer acto, y por añadidura una tonadilla insípida y desvergonzada, como es costumbre. Hallé la ocasion de escapar, y la aproveché.

D. ANTONIO.

¿Y qué tenemos en cuanto al mérito de la pieza?

D. PEDRO.

Que cosa peor no se ha visto en el teatro desde que las musas de guardilla le abastecen.... En fin, ya sali.... y sobre todo, yo me tengo la culpa de haber cedido á la importunidad de usted..... Si tengo hecho propósito fir-

me de no ir jamás á ver esas tonterías. A mí no me divierten; al contrario me llenan de, de..... No señor, menos me enfada cualquiera de nuestras comedias antiguas, por mal que sean. Están desarregladas, tienen disparates; pero aquellos disparates aquel desarreglo son hijos del ingenio y no de la estupidez. Tienen defectos enormes, es verdad; pero entre estos defectos se hallan cosas qué, por ejemplo, tal vez suspenden y conmueven al espectador, en términos de hacerle olvidar ó disculpar cuantos desaciertos han precedido. Ahora comparemos nuestros autores adocenados de hoy con los antiguos, y dígame si valen mas Calderon, Solís, Rojas, Moreto cuando deliran, que estotros cuando quieren hablar en razon.

D. ANTONIO.

La cosa es tan clara, señor D. F.

dro, que no hay nada que oponer á ella; pero, dígame usted, el pueblo, el pobre pueblo, ¿sufre con paciencia ese espantable comedion?

D. PEDRO.

No tanto como el autor quisiera, porque algunas veces se ha levantado en el patio una mareta sorda que traía visos de tempestad. En fin, se acabó el acto muy oportunamente; pero no me atreveré á pronosticar el éxito de la tal pieza, porque aunque el público está ya muy acostumbrado á oír desatinos, tan garrafales como los de hoy amás se oyeron.

D. ANTONIO.

¿Qué dice usted?

D. PEDRO.

Es increíble. Ahí no hay mas que un hacinamiento confuso de especies, una accion informe, lances inverosímiles, episodios inconexos, caracteres

mal expresados ó mal escogidos; en vez de artificio, embrollo; en vez de situaciones cómicas, mamarrachadas de linterna mágica. No hay conocimiento de historia, ni de costumbres; no hay objeto moral, no hay lenguaje ni estilo, ni versificación, ni gusto ni sentido comun. En suma, es tan mala, y peor, que las otras con que nos regalan todos los dias.

D. ANTONIO.

Y no hay que esperar nada mejor. Mientras el teatro siga en el abandono en que hoy está, en vez de ser el espejo de la virtud y el templo del buen gusto, será la escuela del error y el almacén de las extravagancias.

D. PEDRO.

¡Pero no es fatalidad que después de tanto como se ha escrito por los hombres mas doctos de la nacion sobre la necesidad de su reforma, se ha

de ver todavía en nuestra escena espectáculos tan infelices! ¿Qué pensarán de nuestra cultura los extranjeros que vean la comedia de esta tarde? ¿Qué dirán cuando lean las que se imprimen continuamente?

D. ANTONIO.

Digan lo que quieran, amigo Don Pedro, ni usted ni yo podemos remediarlo. ¿Y qué haremos? reir ó rabiar: no hay otra alternativa.... Pues yo mas quiero reir que impacientarme.

D. PEDRO.

Yo no, porque no tengo serenidad para eso. Los progresos de la literatura, señor D. Antonio, interesan mucho al poder, á la gloria y á la conservación de los imperios: el teatro influye inmediatamente en la cultura nacional: el nuestro está perdido, y yo soy muy español.

D. ANTONIO.

Con todo, cuando se ve que.... Pero
¿qué novedad es esta?

ESCENA VI.

D. SERAPIO, D. HERMÓGENES, D. PEDRO,
D. ANTONIO, PIPÍ.

D. SERAPIO.

Pipí, muchacho. Corriendo, por Dios,
un poco de agua.

D. ANTONIO.

¿Qué ha sucedido?

(Se levantan D. Antonio y D. Pedro.)

D. SERAPIO.

No te pares en enjuagatorios. Aprisa.

PIPI.

Voy, voy allá.

D. SERAPIO.

Despáchate.

PIPI.

¡Por vida del hombre! *(Pipi va detrás de D. Serapio con un vaso de agua. D. Hermógenes, que sale apresurado, tropieza con él, y deja caer el vaso y el plato.)* ¿Por qué no mira usted?

D. HERMÓGENES.

¿No hay alguno de ustedes que tenga por ahí un poco de agua de melisa, elixir, extracto, aroma, álcali volátil, éter vitriólico, ó cualquiera quinta esencia antiespasmódica, para entonar el sistema nervioso de una dama exánime?

D. ANTONIO.

Yo no, no traigo.

D. PEDRO.

¿Pero qué ha sido? ¿Es accidente?

ESCENA VII.

DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA
DON ELEUTERIO, DON HERMÓGENES
D. SERAPIO, D. PEDRO, D. ANTONIO
PIPI.

D. ELEUTERIO.

Si: es mucho mejor hacer lo que dice D. Serapio.

(Doña Agustina muy acongojada, sostenida por D. Eleuterio y D. Serapio. La hacen que se siente. Pipí trae otro vaso de agua, y ella bebe un poco.)

D. SERAPIO.

Pues ya se ve. Anda, Pipí, en tu cama podrá descansar esta señora....

PIPI.

¡Qué! si está en un camaranchón que....

D. ELEUTERIO.

No importa.

PIPI.

¡La cama! la cama es un jergon de arpillera y....

D. SERAPIO.

¿Qué quiere decir eso?

D. ELEUTERIO.

No importa nada. Allí estará un rato, y veremos si es cosa de llamar á un sangrador.

PIPI.

Yo bien, si ustedes....

DOÑA AGUSTINA.

No, no es menester.

DOÑA MARIQUITA.

¿Se siente usted mejor, hermana?

D. ELEUTERIO.

¿Te vas aliviando?

DOÑA AGUSTINA.

Alguna cosa.

D. SERAPIO.

¡Ya se ve! el lance no era para nosotros.

D. ANTONIO.

¿Pero se podrá saber qué especie de insulto ha sido este?

D. ELEUTERIO.

¿Qué ha de ser, señor, qué ha de ser? Que hay gente envidiosa y mal intencionada que.... ¡Vaya! No me hable usted de eso, porque..... ¡Picarones! ¿Cuando han visto ellos comedia mejor?

D. PEDRO.

No acabo de comprender.

DOÑA MARIQUITA.

Señor, la cosa es bien sencilla. El señor es hermano mio, marido de esta señora, y autor de esa maldita comedia que han echado hoy. Hemos ido á verla: cuando llegamos estaban ya en el segundo acto. Allí habia una tempestad, y luego un consejo de guerra, y luego un baile, y despues un entierro.... En fin, ello es que al cabo de

esta tremolina salia la dama con un chilquillo de la mano, y ella y el chico rabiaban de hambre: el muchacho decia: madre, deme usted pan; y la madre invocaba á Demogorgon y al Cancerbero. Al llegar nosotros se empezaba este lance de madre é hijo.... El patio estaba tremendo. ¡Qué oleadas! ¡qué toser! ¡qué estornudos! ¡qué bostezar! ¡qué ruido confuso por todas partes!.... Pues, señor, como digo: salió la dama, y apenas hubo dicho que no habia comido en seis dias, y apenas el chico empezó á pedirla pan, y ella á decirle que no le tenia, cuando para servir á ustedes, la gente (que á la cuenta estaba ya ostigada de la tempestad, del consejo de guerra, del baile y del entierro) comenzó de nuevo á alborotarse. El ruido se aumenta: sueñan bramidos por un lado y otro, y empieza tal descarga de palmadas hue-

cas, y tal golpeo en los bancos y barandillas, que no parecia sino que toda la casa se venia al suelo. Corrieron el telon; abrieron las puertas; salió renegando toda la gente; á mi hermana se le oprimió el corazon, de manera que.... En fin, ya está mejor, que es lo principal. Aquello no ha sido ni oido ni visto: en un instante: entrar en el palco, y suceder lo que acabo de contar, todo ha sido á un tiempo. ¡Válgame Dios! ¡en lo que han venido á parar tantos proyectos! Bien decia yo, que era imposible que....

(Siéntase junto á Doña Agustina.)

D. ELEUTERIO.

¡Y que no ha de haber justicia para esto! D. Hermógenes, amigo D. Hermógenes: usted bien sabe lo que es la pieza; informe usted á estos señores... Tome usted *(Saca la comedia, y se la da á Don Hermógenes.)*: léales usted todo el segun-

do acto, y que me digan si una mujer que no ha comido en seis dias tiene razon de morirse, y si es mal parecido que un chico de cuatro años pida pan á su madre. Lea usted, lea usted, y que me digan si hay conciencia ni ley de Dios para haberme asesinado de esta manera.

D. HERMÓGENES.

Yo, por ahora, amigo D. Eleuterio, no puedo encargarme de la lectura del drama: *(Deja la comedia sobre una mesa. Pipi la toma, se sienta en una silla distante, y lee con particular atencion y complacencia.)* estoy de prisa. Nos veremos otro dia, y....

D. ELEUTERIO.

¿Se va usted?

DOÑA MARIQUITA.

¿Nos deja usted así?

D. HERMÓGENES.

Si en algo pudiera contribuir con mi presencia al alivio de ustedes, no me moveria de aqui; pero....

DOÑA MARIQUITA.

No se vaya usted.

D. HERMÓGENES.

Me es muy doloroso asistir á tan acerbo espectáculo: tengo que hacer. En cuanto á la comedia, nada hay que decir: murió, y es imposible que resucite; bien que ahora estoy escribiendo una apología del teatro, y la citaré con elogio. Diré que hay otras peores; diré que si no guarda reglas ni conexión, consiste en que el autor era un grande hombre; callaré sus defectos...

D. ELEUTERIO.

¿Qué defectos?

D. HERMÓGENES.

Algunos que tiene.

D. PEDRO.

Pues no decia usted eso poco tiempo ha.

D. HERMÓGENES.

Fué para animarle.

D. PEDRO.

Y para engañarle y perderle. Si usted conocía que era mala ¿por qué no se lo dijo? ¿Por qué, en vez de aconsejarle que desistiera de escribir chapuceras, ponderaba usted el ingenio del autor, y le persuadía que era excelente una obra tan ridícula y despreciable?

D. HERMÓGENES.

Porque el señor carece de criterio y sindéresis para comprender la solidez de mis raciocinios, si por ellos intentára persuadirle que la comedia es mala.

DOÑA AGUSTINA.

¿Con que es mala?

D. HERMÓGENES.

Malísima.

D. ELEUTERIO.

¿Qué dice usted?

DOÑA AGUSTINA.

Usted se chancea, D. Hermógenes: no puede ser otra cosa.

D. PEDRO.

No señora, no se chancea: en eso dice la verdad. La comedia es detestable.

DOÑA AGUSTINA.

Poco á poco con eso, caballero, que una cosa es que el señor lo diga por gana de fiesta, y otra que usted nos lo venga á repetir de ese modo. Usted será de los eruditos que de todo blasfeman, y nada les parece bien sino lo que ellos hacen; però....

D. PEDRO.

Si usted es marido de esa (*A D. Eleuterio.*) señora, hágala usted callar; porque aunque no puede ofenderme cuanto diga, es cosa ridícula que se meta á hablar de lo que no entiende.

DOÑA AGUSTINA.

¿No entiendo? ¿Quién le ha dicho á usted que....

D. ELEUTERIO.

Por Dios, Agustina, no te desazonas. Ya ves (*Se levanta colérica, y D. Eleuterio la hace sentar.*) cómo estás..... ¡Válgame Dios, señor! Pero, amigo (*A D. Hermógenes.*), no sé qué pensar de usted.

D. HERMÓGENES.

Piense usted lo que quiera. Yo pienso de su obra lo que ha pensado el público; pero soy su amigo de usted, y aunque vaticiné el éxito infausto que ha tenido, no quise anticiparle una pesadumbre, porque como dice Platon y el Abate Lampillas....

D. ELEUTERIO.

Digan lo que quieran. Lo que yo digo es que usted me ha engañado como un chino. Si yo me aconsejaba con usted; si usted ha visto la obra lance

por lance y verso por verso; si usted me ha exhortado á concluir las otras que tengo manuscritas; si usted me ha llenado de elogios y de esperanzas; si me ha hecho usted creer que yo era un grande hombre, ¿cómo me dice usted ahora eso? ¿Cómo ha tenido usted corazon para esponerme á los silbidos, al palmoteo, y á la zumba de esta tarde?

D. HERMÓGENES.

Usted es pacato y pusilánime en demasía.... ¿Por qué no le anima á usted el ejemplo? ¿No ve usted esos autores que componen para el teatro, con cuánta imperturbabilidad toleran los vaivenes de la fortuna? Escriben, los silban, y vuelven á escribir: vuelven á silbarlos, y vuelven á escribir.... ¡Oh almas grandes, para quienes los chiflidos son arrullos, y las maldiciones alabanzas!

DOÑA MARIQUITA.

¿Y qué quiere usted (*Levántase.*) decir con eso? Ya no tengo paciencia para callar mas. ¿Qué quiere usted decir? ¿Que mi pobre hermano vuelva otra vez....

D. HERMÓGENES.

Lo que quiero decir es que estoy de prisa y me voy.

DOÑA AGUSTINA.

Vaya usted con Dios, y haga usted cuenta que no nos ha conocido. ¡Picardía! No sé como (*Se levanta muy enojada, encaminándose hacia D. Hermógenes, que se va retirando de ella.*) no me tiro á él.... Váyase usted.

D. HERMÓGENES.

¡Gente ignorante!

DOÑA AGUSTINA.

Váyase usted.

D. ELEUTERIO.

¡Picaron!

D. HERMÓGENES.

¡Canalla infeliz!

ESCENA VIII.

D. ELEUTERIO, D. SERAPIO, D. ANTONIO, D. PEDRO, DOÑA AGUSTINA,
DOÑA MARIQUITA, PIPÍ.

D. ELEUTERIO.

¡Ingrato! ¡embustero! Despues (Se sienta con ademanes de abatimiento.) de lo que hemos hecho por él.

DOÑA MARIQUITA.

Ya ve usted, hermana, lo que ha venido á resultar. Si lo dije, si me lo daba el corazon..... Mire usted qué hombre: despues de haberme traído en palabras tanto tiempo, y lo que es peor, haber perdido por él la conveniencia de casarme con el boticario, que á lo menos es hombre de bien, y

no sabe latin, ni se mete en citar autores, como ese bribon.... ¡Pobre de mí! con diez y seis años que tengo, y todavía estoy sin colocar: por el maldito empeño de ustedes de que me había de casar con un erudito que supiera mucho.... Mire usted lo que sabe el renegado (Dios me perdone): quitarme mi acomodo, engañar á mi hermano, perderle, y hartarnos de pesadumbres.

D. ANTONIO.

No se desconsuele usted, señorita, que todo se compondrá. Usted tiene mérito, y no la faltarán proporciones mucho mejores que las que ha perdido.

DOÑA AGUSTINA.

Es menester que tengas un poco de paciencia, Mariquita.

D. ELEUTERIO.

La paciencia (*Se levanta con viveza.*) la ne-

cesito yo, que estoy desesperado de ver lo que me sucede.

DOÑA AGUSTINA.

Pero, hombre, ¿que no has de reflexionar?....

D. ELEUTERIO.

Calla, muger; calla por Dios, que tú tambien....

D. SERAPIO.

No señor: el mal ha estado en que nosotros no lo advertimos con tiempo.... Pero yo le aseguro al guarnicionero y á sus camaradas que si llegamos á pillarlos, solfeo de mojicones como el que han de llevar no le.... La comedia es buena, señor, créame usted á mí: la comedia es buena. Ahí no ha habido mas sino que los de allá se han unido y....

D. ELEUTERIO.

Yo ya estoy en que la comedia no

es tan mala, y que hay muchos partidos; pero lo que á mí me....

D. PEDRO.

¿Todavía está usted en esa equivocacion?

D. ANTONIO.

(*Aparte, à D. Pedro. Déjele usted.*)

D. PEDRO.

No quiero dejarle: me da compasion.... Y sobre todo, es demasiada necesidad despues de lo que ha sucedido, que todavía esté creyendo el señor que su obra es buena. ¿Por qué ha de serlo? ¿Qué motivos tiene usted para acertar? ¿Qué ha estudiado usted? ¿Quién le ha enseñado el arte? ¿Qué modelos se ha propuesto usted para la imitacion? ¿No ve usted que en todas las facultades hay un método de enseñanza, y unas reglas que seguir y observar: que á ellas debe acompañar una aplicacion constante y labo-

riosa, y que sin estas circunstancias, unidas al talento, nunca se formarán grandes profesores, porque nadie sabe sin aprender? ¿Pues por dónde usted, que carece de tales requisitos, presume que habrá podido hacer algo bueno? ¿Qué, no hay mas sino meterse á escribir, á salga lo que salga, y en ocho dias zurcir un embrollo, ponerle en malos versos, darle al teatro, y ya soy autor? ¿Qué, no hay mas que escribir comedias? Si han de ser como la de usted ó como las demas que se la parecen, poco talento, poco estudio y poco tiempo son necesarios; pero si han de ser buenas (créame usted) se necesita toda la vida de un hombre, un ingenio muy sobresaliente, un estudio infatigable, observacion continua, sensibilidad, juicio exquisito; y todavía no hay seguridad de llegar á la perfeccion.

D. ELEUTERIO.

Bien está, señor, será todo lo que usted dice; pero ahora no se trata de eso. Si me desespero y me confundo, es por ver que todo se me descompone: que he perdido mi tiempo, que la comedia no me vale un cuarto, que he gastado en la impresion lo que no tenia.....

D. ANTONIO.

No, la impresion con el tiempo se venderá.

D. PEDRO.

No se venderá, no señor. El público no compra en la librería las piezas que silba en el teatro. No se venderá.

D. ELEUTERIO.

Pues, vea usted, no se venderá, y pierdo ese dinero; y por otra parte... ¡Válgame Dios! Yo, señor, seré lo que ustedes quieran: seré mal poeta, seré un zopenco; pero soy hombre de bien.

Ese picaron de D. Hermógenes me ha estafado cuanto tenia para pagar sus trampas y sus embrollos: me ha metido en nuevos gastos, y me deja imposibilitado de cumplir, como es regular, con los muchos acreedores que tengo.

D. PEDRO.

Pero ahí no hay mas que hacerles una obligacion de irlos pagando poco á poco, segun el empleo ó facultad que usted tenga, y arreglándose á una buena economía.

DOÑA AGUSTINA.

¿Qué empleo ni qué facultad, señor! si el pobrecito no tiene ninguna.

D. PEDRO.

¿Ninguna?

D. ELEUTERIO.

No señor. Yo estuve en esa lotería de ahí arriba: despues me puse á servir á un caballero indiano; pero se

murió: lo dejé todo, y me metí á escribir comedias, porque ese D. Hermógenes me engatusó y....

DOÑA MARIQUITA.

¡Maldito sea él!

D. ELEUTERIO.

Y si fuera decir estoy solo, anda con Dios; pero casado, y con una hermana, y con aquellas criaturas....

D. ANTONIO.

¿Cuántas tiene usted?

D. ELEUTERIO.

Cuatro, señor: que el mayorcito no pasa de cinco años.

D. PEDRO.

¡Hijos tiene! (*Aparte, con ternura.* ¡Qué lástima!)

D. ELEUTERIO.

Pues si no fuera por eso....

D. PEDRO.

(*Aparte.* ¡Infeliz!) Yo, amigo, ignoraba que del éxito de la obra de usted

pendiera la suerte de esa pobre familia. Yo tambien he tenido hijos. Ya no los tengo, pero sé lo que es el corazon de un padre. Dígame usted: ¿sabe usted contar? ¿Escribe usted bien?

D. ELEUTERIO.

Sí señor, lo que es así cosa de cuentas, me parece que sé bastante. En casa de mi amo.... Porque yo, señor, he sido page.... Allí, como digo, no habia mas mayordomo que yo. Yo era el que gobernaba la casa: como, ya se ve, estos señores no entienden de eso. Y siempre me porté como todo el mundo sabe. Eso sí, lo que es honradez y.... ¡vaya! Ninguno ha tenido que...

D. PEDRO.

Lo creo muy bien.

D. ELEUTERIO.

En cuanto á escribir, yo aprendí en los Escolapios, y luego me he soltado bastante, y sé alguna cosa de ortogra-

ña..... Aquí tengo..... Vea usted.....
(*Saca un papel y se le da à D. Pedro.*) Ello está
escrito algo de prisa, porque esta es
una tonadilla que se habia de cantar
mañana.... ¡Ay, Dios mio!

D. PEDRO.

Me gusta la letra, me gusta.

D. ELEUTERIO.

Sí señor, tiene su introduccioncita,
luego entran las coplillas satíricas con
su estribillo, y concluye con las...

D. PEDRO.

No hablo de eso, hombre, no hablo
de eso. Quiero decir que la forma de
la letra es muy buena. La tonadilla ya
se conoce que es prima hermana de
la comedia.

D. ELEUTERIO.

Ya.

D. PEDRO.

Es menester que se deje usted de
esas tonterías.

(*Volviéndole el papel.*)

D. ELEUTERIO.

Ya lo veo, señor; pero si parece que el enemigo....

D. PEDRO.

Es menester olvidar absolutamente esos devaneos; esta es una condicion precisa que exijo de usted. Yo soy rico, muy rico, y no acompaño con lágrimas estériles las desgracias de mis semejantes. La mala fortuna á que le han reducido á usted sus desvaríos necesita, mas que consuelos y reflexiones, socorros efectivos y prontos. Mañana quedarán pagadas por mí todas las deudas que usted tenga.

D. ELEUTERIO.

¿Señor, qué dice usted?

DOÑA AGUSTINA.

¿De veras, señor? ¡Válgame Dios!

DOÑA MARIQUITA.

¿De veras?

D. PEDRO.

Quiero hacer mas. Yo tengo bastantes haciendas cerca de Madrid: acabo de colocar á un mozo de mérito que entendia en el gobierno de ellas. Usted si quiere podrá irse instruyendo al lado de mi mayordomo, que es hombre honradísimo, y desde luego puede usted contar con una fortuna proporcionada á sus necesidades. Esta señora deberá contribuir por su parte á hacer feliz el nuevo destino que á usted le propongo. Si cuida de su casa, si cria bien á sus hijos, si desempeña como debe los oficios de esposa y madre, conocerá que sabe cuanto hay que saber, y cuanto conviene á una muger de su estado y sus obligaciones. Usted, señorita, no ha perdido nada en no casarse con el pedanton de Don Hermógenes, porque segun se ha visto, es un malvado que la hubiera he-

cho infeliz, y si usted disimula un poco las ganas que tiene de casarse no dudo que hallará muy presto un hombre de bien que la quiera. En una palabra, yo haré en favor de ustedes todo el bien que pueda, no hay que dudarlo. Además, yo tengo muy buenos amigos en la corte y.... Créanme ustedes, soy algo áspero en mi carácter, pero tengo el corazón muy compasivo.

DOÑA MARIQUITA.

¡Qué bondad!

*(D. Eleuterio, su mujer y su hermana quieren arro-
dillarse á los pies de D. Pedro: él lo estorba, y
los abraza cariñosamente.)*

D. ELEUTERIO.

¡Qué generoso!

D. PEDRO.

Esto es ser justo. El que socorre la pobreza evitando á un infeliz la desesperacion y los delitos, cumple con su obligacion; no hace mas.

D. ELEUTERIO.

Yo no sé cómo he de pagar á usted tantos beneficios.

D. PEDRO.

Si usted me los agradece, ya me los paga.

D. ELEUTERIO.

Perdone usted, señor, las locuras que he dicho y el mal modo....

DOÑA AGUSTINA.

Hemos sido muy imprudentes.

D. PEDRO.

No hablemos de eso.

D. ANTONIO.

¡Ah, D. Pedro! ¡qué lección me ha dado usted esta tarde!

D. PEDRO.

Usted se burla. Cualquiera hubiera hecho lo mismo en iguales circunstancias.

D. ANTONIO.

Su carácter de usted me confunde.

D. PEDRO.

¡Eh! los genios serán diferentes, pero somos muy amigos. ¿No es verdad?

D. ANTONIO.

¿Quién no querrá ser amigo de usted?

D. SERAPIO.

Vaya, vaya, yo estoy loco de contento.

D. PEDRO.

Mas lo estoy yo: porque no hay placer comparable al que resulta de una accion virtuosa. Recoja usted esa comedia (*Al ver la comedia que está leyendo Pípl.*), no se quede por ahí perdida y sirva de pasatiempo á la gente burlona que llegue á verla.

D. ELEUTERIO.

¡Mal haya la comedia (*Arrebata la comedia de manos de Pipi, y la hace pedazos.*), amen, y mi docilidad y mi tontería! Mañana, así que amanezca, hago una hoguera con todo cuanto tengo impreso y manuscrito, y no ha de quedar en mi casa un verso.

DOÑA MARIQUITA.

Yo encenderé la pajuela.

DOÑA AGUSTINA.

Y yo aventaré las cenizas.

D. PEDRO.

Así debe ser. Usted, amigo, ha vivido engañado: su amor propio, la necesidad, el ejemplo y la falta de instrucción, le han hecho escribir disparates. El público le ha dado á usted una lección muy dura, pero muy útil, puesto que por ella se reconoce y se enmienda. Ojalá los que hoy tiranizan

y corrompen el teatro por el maldito furor de ser autores, ya que desatinan como usted, le imitarán en desengañarse.